

# Cultura y Libertad

MARISA MOSTO

## El *sábado* del hombre y la cultura

La libertad interior —la libertad de libre albedrío—, es una propiedad de la naturaleza humana que necesitamos conquistar permanentemente. Esta afirmación que de buenas a primeras puede resultarnos paradójica, se clarifica cuando distinguimos la libertad como posibilidad virtual, de uso efectivo. Y este uso tiene sus condiciones.

Para entender cuáles son las condiciones a que nos referimos, es necesario clarificar nuestro concepto de libertad. ¿Qué es la libertad? Etienne Gilson trata este tema con gran lucidez en un capítulo de su obra "El espíritu de la filosofía medieval". Allí señala el desatino de la interpretación de la libertad como "posibilidad de optar bien o mal", cuando la esencia de la libertad es anterior a la opción. La libertad es, dice este autor, "una cualidad de la voluntad como órgano de la causalidad eficiente propia del hombre". Decir que el hombre es libre significa afirmar que es él la causa de sus actos. Los seres no libres son más bien, **actuados, movidos** por causas externas o internas a ellos (como el instinto en los animales); su actividad es una reacción en gran medida previsible, a una pasión previamente sufrida. Obran de acuerdo a un movimiento de *estímulo-respuesta* que sigue la línea de su naturaleza. El hombre puede "detener" este movimiento, intervenir en el proceso del devenir y dar un rumbo a su obrar que surge de él mismo como centro de iniciativa libre. En un segundo momento podemos calificar de buena o mala la dirección dada a nuestro comportamiento, pero no es esto lo que define a la libertad sino más bien el poder del hombre de decidir la orienta-

ción de su actividad. El hombre **puede** hacerlo y porque simplemente **puede** hacerlo decimos que es libre.

Este **poder** es testimonio de la dignidad del ser humano —por la cual es llamado "persona" — y a la vez lleva anexo un gran riesgo. Por él, el hombre tiene su vida en las manos: puede tomar las riendas de su existencia y darle un rumbo que responda a sus intereses profundos, pero también puede optar por una dirección equivocada arrastrando la frustración y devastación de sus posibilidades más ricas y de las de aquellos que de alguna manera dependen de su proceso de crecimiento.

Peor aún, su vida puede quemarle en las manos y sentirse obligado a arrojarla, a ceder a los vientos que lo empujan y tironean como a un fantoche. El criterio de bondad o maldad con que, posteriormente, calificamos nuestras conductas, gira en torno al acierto o desacierto en la relación medio fin que existe entre nuestras obras y los intereses y exigencias reales de nuestra naturaleza personal.

Una de las condiciones del uso fecundo de la libertad que se desprende de lo anterior es el trato con lo real. Podemos ejercer nuestro poder sólo sobre lo que realmente existe y en función de sus posibilidades reales. El gran medio de acceso que tenemos a lo real es el conocimiento.

"Todos los hombres desean por naturaleza conocer", sostiene Aristóteles al inicio de la *Metafísica*; esta afirmación podría ser correlativa a la siguiente, que aparece en los primeros párrafos de la *Ética* a Nicómaco: "Todos los hombres desean ser felices". Las dos tesis aristotélicas se encuentran íntimamente vinculadas entre sí. Estamos impulsados (**somos**

**actuados, movidos)**, por un deseo imposter-gable de felicidad, de realización o plenitud de vida, frente al cual no somos libres y por otra parte, sólo a través del conocimiento podemos vislumbrar en qué consiste eso que buscamos y cómo lograrlo. El hombre necesita conocer por lo mismo que no quiere ver frustrada su pasión fundamental por el bien ("voluntas ut natura" en términos tomistas). Su libertad es "libertad condicionada", condicionada por el fin que anhela: la plenitud en su vida personal. La sabiduría de esos límites, el conocimiento del orden de lo que verdaderamente existe, es un "derecho metafísico del hombre", si consideramos que cada ser tiene derecho a aquello de lo que necesita para vivir según su naturaleza.

De ahí que una clave del acierto en el uso del poder de la persona sea el conocimiento de lo real: conocimiento de uno mismo como individuo único, de nuestra historia personal que nos condiciona en parte en el presente, de la naturaleza humana que compartimos con los demás hombres, de nuestro papel en lo social y del lugar de "otros" en nuestra vida personal y finalmente el conocimiento del significado del ser en general.

Esta es una tarea difícil para el hombre que a pesar de ser traspasado por el eje de sentido que lo envuelve y lo define, sin embargo también lo supera y lo hunde en un gran misterio, que es el misterio de la existencia humana. El terreno del hombre está cubierto de penumbras. Aún el creyente, no sale de la "noche oscura de la fe". No caminamos ni en la luz, ni en la oscuridad absoluta y en estas circunstancias debemos ejercer nuestro poder de libertad.

La conquista de la libertad, entonces, supone una victoria previa sobre nuestra ignorancia y desorientación en el ser. En esta batalla ha situado Georges Steiner el origen de la cultura: "Cabe suponer, sostiene, que los libros y el arte no eran necesarios en el Edén. Lo que se hizo indispensable más tarde ha comunicado la urgencia de una gran herida."<sup>2</sup> "De todas maneras, sigue Steiner, el nuestro es el largo día del sábado. Entre el sufrimiento, la soledad y el despilfarro impronunciado por un lado y el sueño de liberación, de renacimiento, por otro. Frente a la tortura de un niño, a la muerte del amor que es el Viernes, incluso el arte y la poesía mayores son inúti-

les. En la Utopía del Domingo, es de presumir, la estética carecerá de toda lógica o necesidad. Las aprehensiones y figuraciones en el juego de la imaginación metafísica, en el poema y en la música que hablan del dolor y la esperanza, de la carne que se dice que sabe a ceniza y del espíritu que se dice que sabe a fuego, son siempre sabáticas. Han surgido de una espera inmensa que es la espera del hombre. ¿Sin ellas cómo podríamos tener paciencia?" La cultura es el resultado de una búsqueda imposter-gable que intenta descifrar el enigma del hombre. "El lenguaje existe, afirma Steiner, el arte existe, porque existe *el otro*" (...) "El poeta, el compositor, el pintor, el pensador religioso y el metafísico, cuando dan a sus hallazgos la persuasión de la forma, nos avisan que somos mónadas atormentadas por la comunión. (...) Es la poética, en todo su sentido, la que nos informa del visado turístico para un lugar y un tiempo que definen nuestra situación como transeúntes en la morada del ser cuyos fundamentos, cuya historia futura y cuya razón -caso de existir-se encuentran por completo fuera de nuestra voluntad y comprensión."<sup>1</sup>

Georges Steiner sitúa el origen de la cultura en la gran carencia de comprensión en que quedó el hombre luego de la caída, que lo empuja a intentar resolver el enigma de su naturaleza y a expresarlo de innumerables formas. Quien sabe situarse frente a las manifestaciones culturales de esta manera podrá acceder al tesoro de sabiduría que guarda el *bien común* que es la cultura, contemplar maestros que nos han precedido, que han sabido encarnar los "logos" en los que han creído y testimonian a través de los siglos la belleza de que puede revestirse la existencia humana.

### **Fenomenología de la libertad y *mediatización* de la cultura**

Abordemos ahora un *detalle* del *cuadro* de la libertad para poder precisar en qué punto interviene la cultura en su dinamismo propio. En el estudio filosófico el tema que trataremos es desarrollado bajo el rótulo común de "actos humanos". Los actos *humanos* se diferencian de los actos *del hombre* en que los primeros proceden del núcleo central de la

persona donde tiene lugar la interacción de las facultades específicamente humanas, el conocimiento y el amor, mientras que los segundos son movimientos resultantes de disposiciones periféricas; son actos que no derivan de una deliberación interior del sujeto.

El núcleo central de la persona ha sido llamado con diversos nombres: *corazón* (San Agustín), *castillo interior* (Santa Teresa de Avila, Edith Stein); *centro* (F. von Baader), *eje de la personalidad* (Sacha Nacht), etc. Lo cierto es que la gran tradición de la ética humanista sitúa en la vida desde ese centro, la posibilidad del ejercicio de la libertad como fuente de la sobreelevación de la naturaleza humana a través de los actos humanos. De ahí que el llamado a la vida interior sea un tema constante en estos autores, pues sin vida interior es imposible la libertad.

¿Qué es la vida interior, la vida desde el centro? El "espacio" interior se "llena" con la actividad de quienes viven en él: la capacidad de conocer y amar. La libertad consiste en una toma de postura resultante de lo que se ha conocido y amado.

El movimiento de los actos humanos ha sido descrito hasta en doce pasos que podemos reducir a cuatro': 1. Conocimiento y amor del bien; 2. Deliberación interior; 3. Decisión; 4. Realización.

1. Vivimos inmersos en una realidad múltiple que se halla entretejida por una trama de sentidos y valores que nos golpean continuamente, si estamos en la disposición abierta de recibirlos, éstos se transforman en un llamado a nuestra inteligencia entendida como capacidad de comprensión de lo real y a nuestra libertad como capacidad de respuesta. Un valor para nosotros es aquello "que ha sido capaz de romper nuestra indiferencia afectiva", pero ha sido capaz de romperla porque nos ha encontrado disponibles. Como ya se habrá percatado el lector hay un previo acto de libertad que hace posible el desencadenamiento del acto humano: la libertad con la que la persona se encuentra **presente** intelectual y afectivamente al mundo. Esta apertura hace posible que los sentidos y valores nos afecten: algún reclamo de justicia, una persona que necesita nuestra atención, o a la inversa, la necesidad de apartarnos de una situación, etc. Para una mirada de esta naturaleza la realidad siempre se pre-

lenta como "oportunidad para la libertad", como "llamada" que pide una "respuesta"

2. Luego de este momento fundamentalmente pasivo, de recepción, del acto humano, se desencadena un trabajo interior de deliberación. Deliberar, es sopesar, escudriñar, reflexionar sobre las alternativas, las consecuencias, las conveniencias o inconveniencias de la actitud a seguir. Aquí entran a jugar y definen los resultados un sin fin de virtudes, de disposiciones adquiridas, como la sabiduría y la prudencia —en lo que nos toca para este estudio—. La sabiduría es el conocimiento de los grandes principios del ser, el gran mapa del origen y el destino —en este caso— de la existencia humana. La situación concreta es visualizada desde una óptica más universal en función de la cual se decide qué orientación es conveniente en el aquí y ahora, qué es lo propio de la prudencia. La deliberación es uno de los puntos más altos de realización del "secundum rationem esse", en que consiste el bien del hombre según Santo Tomás."

Pero el ser humano no es portador de una razón universal, ascética e infalible, sino que piensa y comprende su situación concreta y la relación de ésta con la totalidad de su vida desde su centro que es un centro encarnado. La vida conciente del yo del hombre "emerge desde un fondo oscuro", desde un terreno biológico y psíquico que no le es absolutamente transparente y lo condiciona en parte. Crecemos intelectual y afectivamente desde la niñez en la cosmovisión que la cultura y la educación en general nos presentan. La cultura y la educación generan en la percepción del mundo-entendida en sentido amplio-, disposiciones que mediatizan nuestro contacto con lo real. Pueden provocar una "afinación" o una "distorsión" de nuestras facultades, facilitar o entorpecer el contacto con el ser real. En la madurez se puede producir o no un replanteo conciente de dichas disposiciones; debería producirse para así hacerlas propias o rechazarlas. Edith Stein sostiene que es tarea de toda la vida llegar a poseerse a sí mismo y recorrer todos los niveles del conocimiento de sí para que el yo disponga plenamente de su morada interior."

3. Pero aún así la "media luz" es la condición humana y algún margen de incertidumbre se halla presente también en nuestras decisiones. Esto es lo que la casuística quiso evi-

tar en el tercer momento del acto humano. Muchas veces una intuición sobre cuál sea la orientación correcta, que si bien tiene sus razones, no cumple sin embargo, la exigencia perfecta de claridad y distinción que pretendía Descartes, es la que termina con la deliberación y nos inclina a cortar (decidir) con algunas posibilidades para dar realidad a sólo una. Este es, según Newman" el verdadero modo de proceder del hombre. Aquí se encuentra la libertad interior que nunca se puede perder y la que genera la libertad de acción externa.

4. En la realización pasamos del terreno interior, de lo pensado y valorado, a la realidad extrasubjetiva y con ello involucramos a los otros con nuestras conductas —aunque también ejercemos en los demás influencias no deliberadas que E. Stein llama el poder de "irradiación" de la persona—. Es el aspecto existencial, el paso a la existencia, la realización del bien, la culminación del proceso.

En todo el proceso el sujeto crece en sus disposiciones interiores: cada acto de atención, deliberación y decisión, prepara nuevos actos de atención, deliberación y decisión. Los aciertos o errores a que nos entregamos, las suertes o desgracias que padecemos involuntariamente también contribuyen al dinamismo de la vida personal, en la actitud que tomamos frente a ellas.

Un elemento que salta inmediatamente a la vista es la complejidad desde la que se alza el ejercicio de la libertad interior. Se levanta desde condicionamientos biológicos, psíquicos, educativos, culturales, sociales, históricos, etc. Esta complejidad es la que ha llevado a la confusión de los planteos deterministas. El determinismo tiene algún fundamento "in re": el hombre puede abandonar esta difícil tarea y con ello sus posibilidades más ricas, puede conducir su vida desde la periferia, sin pasar por el centro, siguiendo "un régimen de acción directa" como afirmaba Ortega y Gasset<sup>2</sup> y aquí la orientación de la acción estará dada por las disposiciones que han sido moldeadas desde el exterior. La conducta de un hombre está tanto más condicionada por el medio cuanto más el yo se aleja de su centro.

De ahí que en la medida en que la educación y la cultura contribuyan a generar espacios para la vida interior, para una vida que llama a una comprensión personal, íntima

del ser, crece la posibilidad de la libertad. Nos encontramos en condiciones de hacernos cargo de la orientación dada a nuestra vida sólo desde nuestro centro iluminado por el sentido de lo que es.

Estamos usando el término cultura para señalar dos conceptos emparentados entre sí: 1. La cultura como fruto del esfuerzo de la búsqueda humana y sus distintas expresiones a través de la historia, 2. La cultura vivida, encarnada efectivamente en las categorías vigentes en una sociedad. Los dos conceptos apuntan a lo mismo en el sentido amplio de cultura, el segundo agrega que la respuesta al enigma de la existencia humana está detrás de las manifestaciones culturales vigentes. Es el triunfo de una cosmovisión que ha entrado a formar parte del mundo de la vida. Si bien éstas son múltiples, cada época tiene un espíritu común que está mostrando el triunfo "cuantitativo" de influjo de una cosmovisión sobre otras.

### **La huida del ser real: la dis-tracción en la *impaciencia***

A Nietzsche, lo atormentaba no poder responder ese enigma. Su ditirambo dionisiaco "El signo de fuego" (que simboliza el signo de interrogación "apasionado" ante el misterio del ser), es un testimonio conmovedor de la realidad de la espera y la búsqueda del hombre:

"Entre estos mares el islote surge  
escarpado, cual piedra victimaria,  
en donde Zaratustra enciende el fuego  
de sus alturas, faro luminoso  
para naves perdidas, signo ardiente  
que a los que saben responder pregunta...  
Esta llama de vientre blanquecino,  
de su deseo la avidez dirige  
en pos de esferas cada vez más puras,  
como serpiente erguida de impaciencia:  
éste es el signo que ante mí coloco.

El alma mía es esta llama ardiente,  
insaciable de nuevas lontananzas.  
En su tácito ardor, hacia la altura  
llamea eternamente.

¿Mas por qué Zaratustra huyó a esconderse  
de animales y de hombres?

¿Por qué escapó de toda tierra firme?  
Ha conocido ya seis soledades,  
y el mismo mar no fué para sus fines  
bastante solitario.

Pudo en la isla volar y en la montaña  
en fuego convirtiose y ahora, al cabo,  
tras una nueva soledad, arroja  
sobre su testa el codicioso anzuelo.

¡Naves perdidas! Restos esparcidos,  
envejecidos soles,  
mares del porvenir, inescrutables  
cielos. Yo lanzo mi dorado anzuelo  
a todo aquel que solitario vive.  
Dadle respuesta a la impaciente llama.  
Pescad por mí, que pesco en las alturas  
mi última soledad.

Su última soledad desembocó en una "árida sabiduría", (la expresión es de T. W. Adorno) que anticipa el nihilismo actual y sus crónicas postmodernas.

La línea de pensamiento denominada "postmodernidad", que tiene ciertos antecedentes teóricos en Max Weber y La Escuela de Frankfurt, explica el estado de la cultura actual como punto de llegada del pensamiento autónomo iluminista, de la primacía de la praxis y el devenir, en que desemboca la razón instrumental promovida por aquel, que impide a su vez una fundamentación metafísica de los valores humanistas y los transmuta en valores de intercambio. El punto de llegada del gran esfuerzo cultural sería el nihilismo. Estos autores describen características de la cultura actual, como una cierta aceptación colectiva del nihilismo metafísico. "Si fuera preciso caracterizar el estado actual de cosas sostiene Jean Baudrillard-, diría que se trata del posterior a la orgía. La orgía es todo el momento explosivo de la modernidad, el de la liberación en todos los campos.(...) Ha habido una orgía total de lo real, de lo racional, de lo sexual, de la crítica y de la anticrítica, del crecimiento y de la crisis de crecimiento. Hemos recorrido todos los caminos de la producción y superproducción virtual de objetos, de signos, de mensajes, de ideología, de placeres. Hoy todo está liberado, las cartas están echadas y nos reencontramos colectivamente ante la pregunta crucial: ¿QUE HACER DESPUES DE LA ORGIA? Ya sólo podemos simular la orgía y la liberación, fingir que segui-

mos acelerando en el mismo sentido, pero en realidad aceleramos en el vacío, porque todas las finalidades de la liberación quedan ya detrás de nosotros y lo que nos persigue y obsesiona es la anticipación de todos los resultados, la disponibilidad de todos los signos, de todas las formas, de todos los deseos. ¿Qué hacer entonces? Es el estado de la simulación, aquel en el que sólo podemos reestrenar todos los libretos porque ya han sido representados —real o virtualmente—. es el estado de la utopía realizada, de todas las utopías realizadas, en el que paradójicamente hay que seguir viviendo como si no lo hubieran sido. Pero ya que lo son y ya que no podemos mantener la esperanza de realizarlas, sólo nos resta hiperrealizarlas en una simulación indefinida." La tesis sostenida aquí que, —en el contexto de Steiner— la utopía del "Domingo" ha sido realizada —dentro de las categorías que la modernidad iluminista pensaba que debía realizarse— y que paradójicamente no se ha llegado colmar la esperanza del hombre; luego: esta esperanza carece de objeto, persigue la nada. La función de servir de pantalla para ocultar la nada, "la precesión de los simulacros", es el destino de una cultura que retrocediendo sobre sus pasos, ha plantado bandera en el territorio del "Viernes".

En otra obra titulada "La guerra del golfo no ha tenido lugar", Baudrillard analiza la relación que tuvo en general la sociedad humana con esos acontecimientos. Su tesis es que nos situamos frente a la guerra como frente a un espectáculo continuado transmitido por la CNN, pues el drama real de la guerra no interesaba, porque "lo real" en general no interesa puesto que tarde o temprano nos conduce a la nada de la que queremos escapar: "Tenemos necesidad apremiante de simulacro, incluso del de la guerra, mucho más apremiante que de leche o de mermelada o de libertad y poseemos la intuición inmediata de los medios para conseguirlo. Constituye incluso la conquista fundamental de nuestra democracia: la función-imagen, la función-chantaje, la función-información, la función-especulación. Función afrodisíaca, obsena la del timo del acontecimiento, la del timo de la guerra. Función droga. El drama real, la guerra real, ni nos apetece ya, ni falta que nos hacen. Lo que necesitamos es el sabor afrodisíaco de la multiplicación de las falsificacio-

nes, de la alucinación de la violencia, es obtener de todas las cosas el goce alucinógeno, que es también el goce, como en el caso de la droga, de nuestra indiferencia y de nuestra irresponsabilidad, por lo tanto de nuestra auténtica libertad." "

La huida es la actitud natural del hombre frente al vacío (horror vacuum). No se puede contemplar demasiado tiempo la nada es necesario distraerse, anteponer entre nosotros y la visión del vacío imágenes que debiliten su efecto mortífero sobre nosotros. A la inversa de la alegoría platónica de la caverna, en la que las imágenes eran producidas en última instancia por sus arquetipos, las ideas, y a ellas remitían, aquí las imágenes son fabricadas por el hombre para tapar la ausencia del sentido, la ausencia de ideas. El hombre contemporáneo dice G. Lipovetsky "no es ni el decadente pesimista de Nietzsche ni el trabajador oprimido de Marx, se parece más al telespectador probando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche." "

Huida de lo real y relación narcisista (en términos hedonistas) con el Yo, van de la mano. La cultura como lugar de la huida, el refugio lleno de artificios, en el que Narciso olvida el vacío de su propia imagen, está directamente relacionada, para estos autores, con la idea metafísica del devenir absoluto. "De hecho —afirma G. Lipovetsky—, el narcisismo surge de la deserción generalizada de los valores y finalidades sociales (...) Abandono de los grandes sistemas de sentido en hiperversión del yo corren a la par: en sistemas de *rostro humano* que funcionan por el placer, el bienestar, la desestandarización, todo concurre a la promoción de un individualismo puro. (...) El Yo ya no vive en un infierno poblado de otros egos rivales o despreciados, lo relacional se borra sin gritos, sin razón, en un desierto de autonomía y neutralidad asfixiantes. La libertad como la guerra ha propagado el desierto, la extrañeza absoluta ante el otro. *Déjame sola* deseo y dolor de estar solo. Así llegamos al final del desierto; previamente atomizado y separado cada uno se hace agente activo del desierto, lo extiende, lo surca, incapaz de *vivir el Otro*. No contento con producir el aislamiento, el sistema engendra su deseo, deseo imposible que una vez conseguido, resulta intolerable: cada uno exige estar solo, cada vez más solo y simultáneamente no

se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí ya el desierto no tiene principio ni fin." "

La huida es siempre la huida del vacío del Otro que muestra también como un espejo nuestro propio vacío: "La seducción sabe, dice Baudrillard, que el Otro jamás está al término del deseo, que el sujeto se engaña buscando lo que ama, que cualquier enunciado se equivoca buscando lo que dice. El secreto es siempre el del artificio. Es la necesidad de apuntar siempre fuera, de no buscar jamás al Otro..." "La imagen del hombre sentado y contemplando, un día de huelga, su pantalla de televisión vacía, será algún día una de las imágenes más hermosas de la antropología del siglo XX." " 8

Si bien algunos diagnósticos de estos autores son acertados, sobre todo en lo que respecta a los llamados países del "primer mundo", no estamos de acuerdo en que tales y otras actitudes del hombre contemporáneo que ellos describen, testimonien una ausencia afectiva de sentido en lo real. Lo valioso de su aporte es que se ha constituido en una "luz roja" para la cultura humanista. "La agitación de la vida contemporánea, la banalización de los medios de comunicación, la "tecnificación del hombre-dice Octavio Paz-, todo puede erosionar nuestra facultad de percepción. Es evidente que estamos distraídos. La distracción es el estado del hombre moderno." " Los mass-media y la industria de bienes y servicios saben sacar rédito económico de esta situación, "suya es la pornografía de la insignificancia" (G. Steiner). Nuestra cultura fomenta la huida, cierra el espacio a la vida interior y mediatiza nuestra percepción del mundo, fabrica "guantes sobre la piel humana" interceptándole continuamente las categorías de lo efímero e inconsistente, lo caótico, desjerarquizado, lo no digno de detención.

Para la cultura humanista esto representa un gran desafío. Cómo transmitir la condición de "peregrino en tierra de sombras" del ser humano a una cultura que está optando por desintegrar los límites de la esencia, de las identidades: de la identidad del sujeto, de la cultura, del arte, de la religión, de la familia, del sexo, de la política, de lo social.

La cultura de la huida existe desde que existe el hombre, basta recordar los pensamientos de Pascal sobre "le divertissement" o el epíteto de "mercaderes de golosinas para

el alma" con que Platón calificaba por boca de Sócrates, a los sofistas. De hecho es una posibilidad de vida "desde la periferia": "Somos completamente libres de no recibir, sostiene George Steiner de no encontrarnos con los modos estéticos auténticos. Del mismo modo que olvida o reprime las pulsiones formativas de la infancia, la inmensa mayoría de la humanidad sólo experimentará raras veces las demandas de la literatura o de las artes. O quizás responderá a tales demandas a las que se presentan en su apariencia efímera o *narcótica-narcótica* en el sentido en que la basura es calculada o rentable, interesada y por lo tanto no-libre. (...) No negamos este derecho; la única manera de combatir la cultura de la huida y el narcisismo es fomentar la cultura de la presencia y apertura al mundo y a los otros en favor de una existencia plenamente humana y libre.

Lo cierto es que necesitamos mucho más que aquel "pagaré eternamente prorrogado al placer" (T. Adorno(22)) que la cultura contemporánea nos ostenta. Sabemos que la utopía del Domingo no se ha realizado, necesitamos aprender a vivir en el Sábado, evitando que la impaciencia nos instale en el Viernes.

### **Potentia oboedientialis vs. narcisismo**

Narciso es la imagen mítica de lo que le ocurre al hombre liberado así mismo, cerrado a los otros. El hombre no puede vivir sin recibir su alimento del mundo. Dice Edith Stein: "El alma es el *espacio* en el centro de aquella totalidad compuesta por el cuerpo, la psique y el espíritu; en cuanto alma sensible vive en el cuerpo, en todos sus miembros y partes, es fecundada por él, obra dándole una forma y conservándolo; en cuanto alma espiritual se eleva sobre sí misma, mira al mundo puesto fuera del propio Yo- un mundo de personas, cosas, acontecimientos -, entra en contacto inteligente con él y es por él fecundada; en cuanto alma en sentido más propio, habita en sí, en ella, el Yo persona está en casa. Aquí se recoge todo lo que entra proveniente del mundo sensible y espiritual y aquí tiene lugar la discusión interna a partir de la cual se toma posición, esculpiendo lo que llegará a ser propiamente personal, el componente esencial del propio Yo, lo que

(hablando metafóricamente) se transforma en *carne y sangre*. (...) El alma no puede vivir sin recibir; ella se nutre en efecto de los contenidos que recibe espiritualmente viviéndolos, como el cuerpo de la sustancia nutritiva que transforma; esta imagen muestra mejor que la del espacio que no se trata solamente de llenar un vacío, pues quien recibe es un ente que tiene una esencia propia, recibe según su modo y transforma todo lo que ha hospedado en sí. Es la esencia del alma con las propiedades y capacidades que en ella radican, quien se abre a la vida y absorbe lo que necesita para llegar a ser lo que debe ser. Esta esencia con sus propiedades específicas da al cuerpo y a toda actividad espiritual personal, su sello característico y desde allí se difunde también de manera inconsciente e involuntaria. A partir de este texto se podría desarrollar gran parte de una teoría de la comunicación y su importancia para la vida humana. Si la comunicación es de vital importancia, la disposición que se impone desde el sujeto es la apertura a lo otro desde una presencia en su centro. El narcisismo y la huida o distracción impiden la comunicación.

Hace falta desarrollar una disposición de presencia y apertura apropiada a las necesidades de nuestra naturaleza. Esta disposición, en el trato con los bienes culturales, es llamada por Georges Steiner "cortesía": Allí donde se encuentran las libertades, donde la libertad de donación o retención de la obra de arte encuentra nuestra propia libertad de recepción o de rechazo, es esencial la cortesía, lo que he llamado el tacto del corazón.<sup>23</sup> Sin la "cortesía", no se puede desarrollar el "*fieri aliud in quantum aliud*" que es el inicio del conocimiento y la cultura: "el arte y la literatura serios, sigue Steiner, son de una indiscreción total. Preguntan por las más hondas intimidades de nuestra existencia(...) el pensamiento griego arcaico identificaba las Musas con las artes y el prodigio de la persuasión.

Cuando el acto del poeta es contestado (...) cuando penetra en los recintos espaciales, temporales, mentales y físicos de nuestro ser, trae consigo un llamamiento radical en favor del cambio. (...) En un sentido fundamental y pragmático, el poema, la estatua, la sonata en lugar de ser leído, contemplada o escuchada, son mas bien vividos. El encuentro con lo estético es, junto con ciertos modos de expe-

riencia religiosa y metafísica, el conjuro más *ingresivo* y transformador a que tiene acceso la experiencia humana. De nuevo la imagen adecuada es la de la Anunciación, la de una *belleza terrible (...)* o gravedad que irrumpe en la pequeña morada de nuestro cauto ser. Si hemos oído correctamente el aleteo y la provocación de esta visita, la morada ya no es habitable de la misma manera que antes.<sup>1</sup>

Cuando C.S Lewis en "Los cuatro amores"<sup>2</sup>, se pregunta qué es lo más propio del hombre en el amor de caridad, se ve obligado a incluir una forma de caridad que no consiste en dar sino en "ser capaz de recibir". Al ser humano como creatura todo le es dado y la disposición básica que debe provenir de un ser que se sabe creado, es la disposición a recibir. A recibir su naturaleza con el orden que la define, que le ha sido dado y es previo a todo acto de libertad y a seguir recibiendo de los otros y del mundo para dar cumplimiento libre a las potencialidades aún no realizadas de su ser. Santo Tomás llama a esta disposición "potentia oboedientialis". Por esta disposición *se puede producir en la creatura todo aquello que el Creador quiere que le suceda*<sup>2ii</sup>.

La cultura de presencia y cortesía sólo puede desarrollarse si los otros frente a los que debemos estar presentes y atentos son valiosos y tienen algo importante que comunicarnos, algo que en última instancia tiene que ver con la plenitud de nuestra vida humana. Esto supone una cosmovisión creatural del ser, que da razón de los valores y sentidos encarnados en la realidad, que da razón del orden de la propia naturaleza y de su modo de depender del "mundo"(en el sentido que da J.Pieper a esta palabra, como el campo de relaciones a que está abierta la vida humana en todas sus dimensiones"). La revalorización del los otros y con ello del Otro es proporcional a la centralización del yo. Rescatar el **suje**to humano desde el **objeto** ante el cual él puede vibrar gnoseológica y afectivamente, para el cual su naturaleza ha sido dispuesta por creación, implica simplemente saber presentar la profundidad de la verdad, del logos, del valor y la belleza ínsitos en la creación. Esta es una de las grandes tareas de la educación y la cultura.

Finalmente siguiendo la expresión de G. Steiner: "Clasicamente, donde las ramas y las hojas de nuestro árbol son más altas, la corte-

sía cualifica la última emboscada o la cita final que es la posible venida —el advenimiento, el advenimiento a un lugar— de Dios.

La sobreelevación de nuestra naturaleza que se efectúa en la comunicación gnoseológica, ética y estética con el mundo a través-entre otros medios- de la educación y la cultura, prepara nuestro último gran acto libre de presencia y cortesía con la Verdad, el Bien y la Belleza, la culminación de la potentia oboedientialis como "disponibilidad para recibir al Ser divino" (E. Stein,<sup>2U</sup>)

## NOTAS

<sup>1</sup> E. Gilson. "el espíritu de la filosofía medieval", Rialp, Madrid, 1981, cap.XV. "Libre albedrío y libertad cristiana"

<sup>2</sup> George Steiner, "Presencias reales", Destino, Barcelona, p.272

<sup>3</sup> Ibidem, p. 280-281

<sup>4</sup> Ibidem, p. 169 y ss

<sup>5</sup> Cfr. Roger Vernaux, Filosofía del hombre, Herder, Barcelona, 1970, cap.XV, "La voluntad"

<sup>0</sup> Definición dada por Louis Lavelle al inicio de su "Tratado de los valores".

<sup>7</sup> Esta forma de describir el acto humano está tomada de, Edith Stein, "Essere finito e Essere eterno", Citta Nuova, Roma, 1992, cap. "L' intimo dell' anima".

<sup>8</sup> Virt.Comm..9

<sup>9</sup> E.Stein Op.cit., cap."L'essere persona dell' uomo". La oscuridad del fondo no es "en sí" sino "para" el hombre.

<sup>10</sup> Ibidem.

<sup>11</sup> Esta es una de las tesis centrales de la obra de J.H.Newman, "El asentimiento religioso".

<sup>12</sup> Cfr. J. Ortega y Gasset, "La rebelión de las masas", cap. "La época del señorito satisfecho".

<sup>13</sup> J. Baudrillard, "La transparencia del mal", Anagrama. Barcelona, 1991, p. 9-10

<sup>14</sup> J. Baudrillard, "La guerra del golfo no ha tenido lugar", Anagrama, Barcelona, 1991, p. 86)

<sup>15</sup> G. Lipovetsky, "La era del vacío", Anagrama, Barcelona, 1990, p.42)

<sup>16</sup> Ibidem, p.44 y ss.

<sup>17</sup> J.. Baudrillard, "La transparencia del mal", ed. cit., última página

<sup>18</sup> Ibidem, p.19

<sup>19</sup> De una entrevista publicada en el diario Clarín, Clarín cultura y nación, 23-6-94, p.4-5

<sup>20</sup> G. Stiner, Op. cit., p.188-189

<sup>21</sup> Max Horkheimer, Th. W. Adorno, "Dialéctica del Iluminismo", Sudamericana, Bs. As., 1987, p.168

<sup>22</sup> E. Stein, Op. cit., p. 394-395

<sup>23</sup> G. Steiner, Op. cit., p. 190

<sup>24</sup> Ibidem., p. 176

<sup>25</sup> C. S. Lewis, "Los cuatro amores", Editorial Universitaria, Chile, 1992, cap. VI, "Caridad"

<sup>26</sup> De Veritate, q. 8, a. 12 ad 4

<sup>27</sup> J. Pieper, "El ocio y la vida intelectual", Rialp, Madrid, 1962, parte II, cap. II

<sup>1i</sup> G. Steiner, Op. cit., p. 191

<sup>1a</sup> E. Stein, Op. cit., p. 420